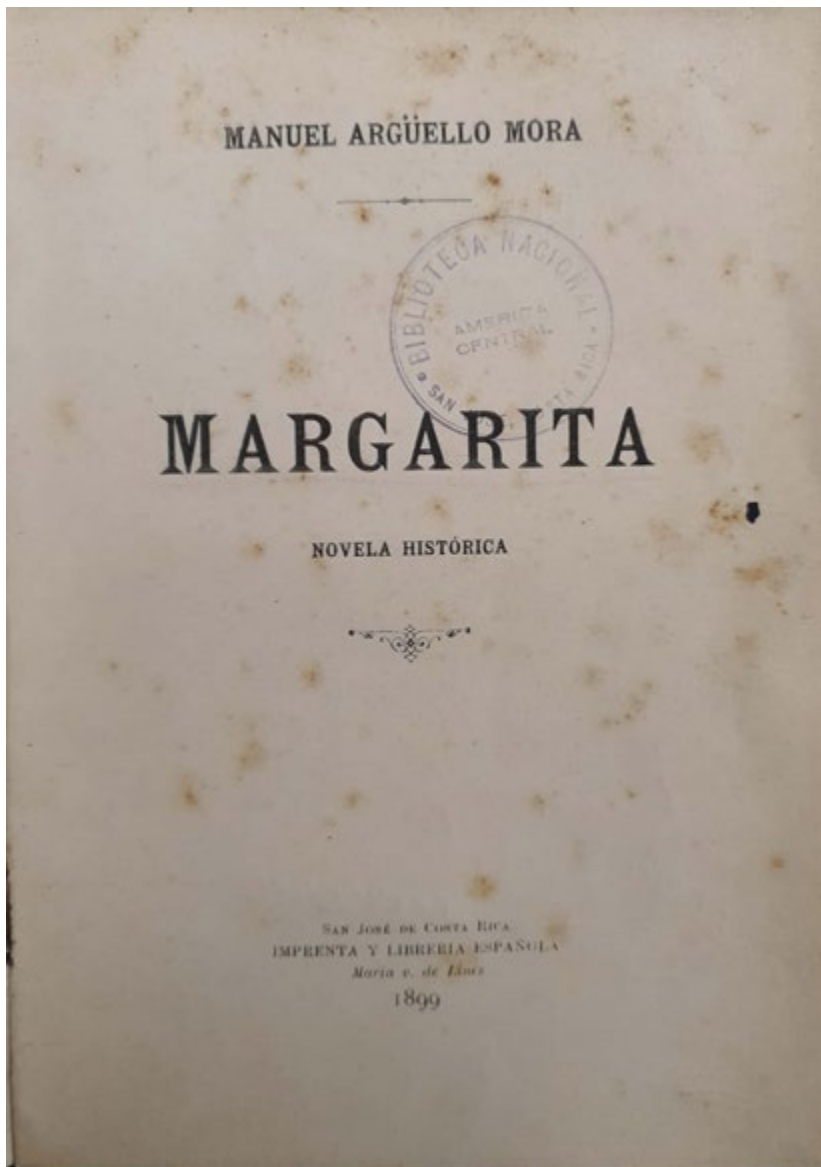


Manuel Argüello Mora



Al estudiar la novela costarricense, el primer nombre que aparece, allá al terminar el siglo último, es el de Manuel Argüello Mora,

No son, es cierto, las suyas novelas ampliamente desarrolladas. Son esbozos que evidencia, en las pocas páginas de que constan, un dominio del género, sin olvidar el aspecto psicológico de los personajes que en ellos intervienen.

Vivió Argüello Mora días dolorosos para la patria costarricense. La revolución del catorce de agosto de mil ochocientos cincuenta y nueve que sustituye el gobierno de Juan Rafael Mora por el de José María Montealegre.

El desembarco del presidente derrocado quien comparece con valentía a la cita que el pueblo de Costa Rica le hace con insistencia filial. La sangrienta jornada de La Trinchera, en la Angustura, cerca de Puntarenas. El injusto fusilamiento de los próceres Juan Rafael Mora y José María Cañas, los libertadores indiscutibles de Centroamérica. Esos hechos en los que Argüello Mora tomó parte por ser familiar del presidente caído, como es de suponerse, tenía que emocionarlo profundamente. Al relatarlos dedicó algunas de sus novelitas que, con aciertos, denominó históricas.

El ciclo fundamental de esos escritos está formado por Margarita, La Trinchera y Elisa De/mar, publicadas todas en el último año del siglo diecinueve.

Una amistad de infancia, un amor de adolescencia, han unido a Margarita y a Jorge. Es una pasión pura que despierta las hábiles intrigas de un celoso amigo de la pareja: Ricardo.

Allá, cerca de Puntarenas, en una refriega entre gobiernista y revoltosos, Ricardo evidencia las oscuridades de su espíritu. Distribuye el mal por doquier. Nada le importa denunciar los planes que un alma generosa ha ideado para salvar la vida de Mora y, con ella, el honor de la Patria. Es, en su perfidia, un carácter delineado con acierto profundo.

Y allí, en la misma ciudad de Puntarenas, encontramos la figura de una mujer decidora, espiritual, siempre de buen humor. Una hembra todo corazón, capaz de sacrificarse por quien se lo merece. La Lorenza, admirable tipo que en la pluma de Argüello Mora se agiganta en la nobleza de su espíritu inolvidable.

No fue posible rescatar al héroe vencido. Su sangre cayó sobre el pabellón de la república, que aún espera el momento estelar en el que le sea posible deshacerse de aquella mancha lacerante.

La novela, después de hacernos presencia situaciones realmente dolorosas, termina con el arrepentimiento del malvado y con la boda de los dos amantes, quienes vieron el propio idilio íntimo ligado a uno de los más dolorosos dramas de la corta vida nacional.